

GUATEMALA
Tikal, donde nació la civilización maya

AUSTRALIA
The Rock, el barrio más divertido de Sydney

Montevideo, la otra orilla

Montevideo, una ciudad ideal para las escapadas de los porteños, se muestra como una vecina tranquila y querible de Buenos Aires

Folklore

El folklore y las tradiciones están presentes en la vida de los guatemaltecos a lo largo de todo el año. Durante la Semana Santa se registran en su capital y en Antigua las mayores procesiones cristianas de todo el mundo. Sobre interminables calles cubiertas de flores frescas y colores vivos, las procesiones avanzan llevando a Cristos tallados y esculpidos en formas y tonos caprichosos en estilos marcados por artistas que sólo se encuentran en Guatemala. Una serie de festivales se avecinan de aquí hasta fin de año, ideales para ir preparando las valijas.

En el mes de julio las festividades que se llevan a cabo en la ciudad de Cobán, Alta Verapaz durante el Festival Folklórico de la Rabín Ajau y elección de la princesa Tezulutlán, son dignas de admiración. El departamento de Alta Verapaz es muy pintoresco y rico en folklore. El terreno es quebrado y eso le da a la región una gran variedad de climas, así como una extraordinaria y bella topografía.

Otros lugares importantes a visitar durante la estadía en Cobán son las Cuevas de Lanquín, la Reserva Natural de Semuc Champey, el poblado de San Pedro Carchá y el río Cahabón, en el cual se puede realizar un tour navegable durante cinco días y terminar en Río Dulce, practicando el canotaje y el rafting en los rápidos de aguas cristalinas.

El 1° de noviembre es uno de los días más importantes del año en Guatemala. En esta fecha se celebra el Día de los Muertos o de los Santos. Es una celebración en la cual se visitan y adornan los cementerios para recordar a los parientes y amigos fallecidos. Es la unión de antiguas creencias paganas y las tradiciones católicas que trajeron los españoles en el siglo XVI y XVII. En este día, dos celebraciones se llevan a cabo, "La Corrida de Caballos" en Todos Santos Cuchumatán, Huehuetenango, y el vuelo de los "Barriletes Gigantes" de Santiago Sacatepéquez.

TIKAL, RUINAS MAYAS Y NATURALEZA EN EL CORAZON DE

Donde nació la cultura

Por Fernando Skliarevsky

Fue el epicentro económico de una civilización que ocupó desde Yucatán hasta Panamá. En Tikal se combina una visita a sus 3000 años de historia junto al mejor refugio de animales de Centroamérica.

Apenas aterriza el avión en Santa Elena una naturaleza agresiva penetra con sus verdes los sentidos de los turistas. Vienen a ver las ruinas mayas, las 300 especies de aves y los cientos de animales salvajes que atesora este Parque Nacional, declarado Patrimonio Cultural y Patrimonio Natural de la Humanidad por la Unesco.

Santa Elena es el pueblo cabecera de todo este circuito de ciudades y ruinas mayas ubicadas al norte del país, en una región selvática que limita a pocos kilómetros con México y al este con Belice, donde Centroamérica desemboca en el Caribe. Las iglesias y las polvorientas calles miran entre los árboles las aguas del lago Petén Itzá donde Flores, la ciudad localizada sobre una isla y unida por una carretera con tierra firme, ofrece alojamiento en pensiones baratas para mochileros que prefieren el ambiente pueblerino a la humedad de la selva. Las tiendas y las "abarroterías" pintadas con fuertes colores terminan por darle un toque latino a esta modesta puerta de entrada de un mundo que nació 25 siglos antes de la llegada de los conquistadores españoles.

Ubicada en el norte del departamento de Petén, Tikal está a 65 kilómetros de la Ciudad de Flores. Es parte de la Reserva de la Biosfera Maya y abarca más de 57.000 hectáreas. El parque está cubierto casi en su totalidad por bosques maduros con gran cantidad de especies vegetales, muchas de ellas amenazadas como el cedro y la caoba. Una publicidad de WWF advierte sobre el uso de estas maderas y el rápido fin del bosque tropical húmedo. Las leyes y el respeto de la gente en Guatemala hacen de este parque uno de los últimos santuarios del planeta.

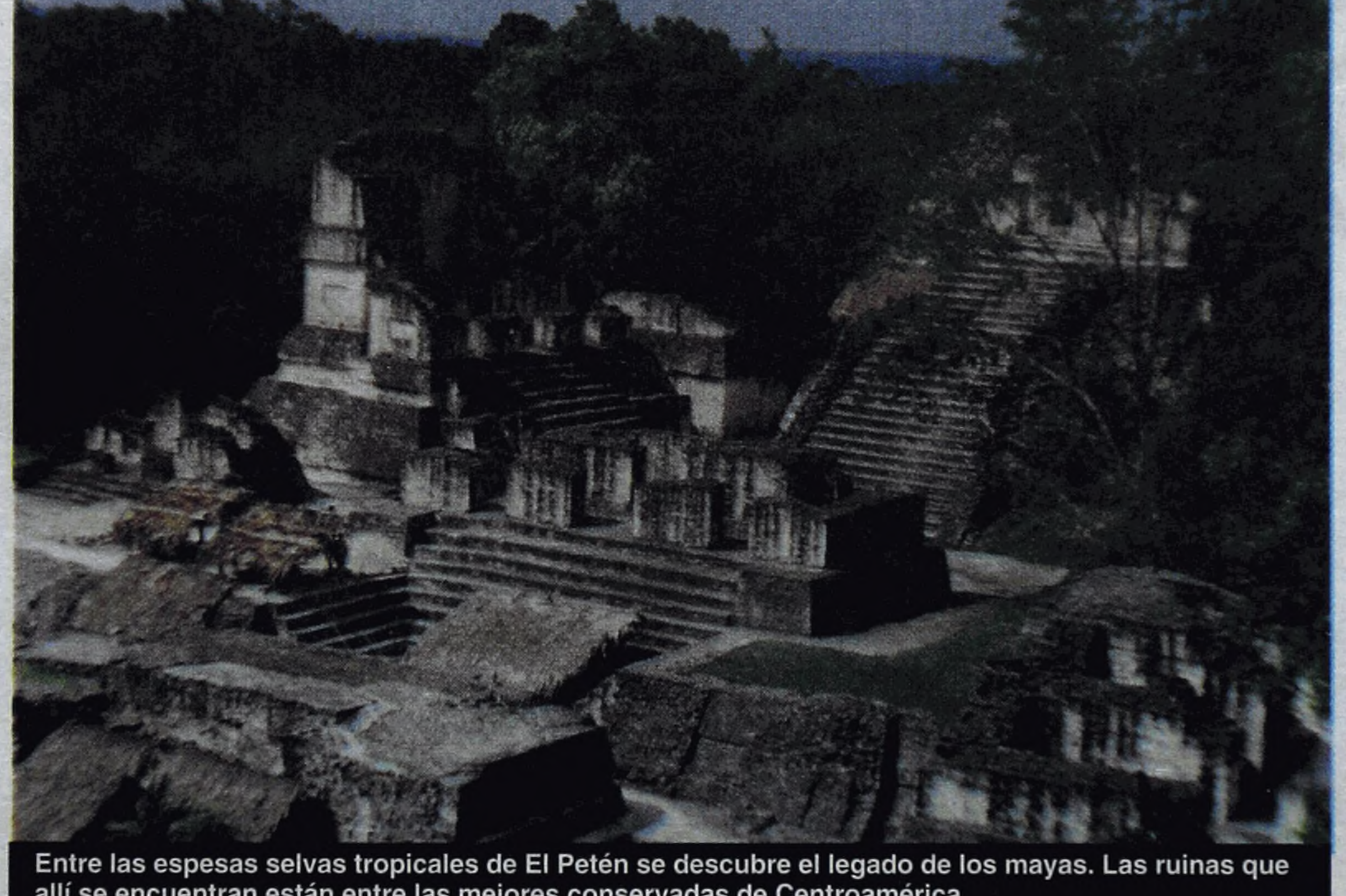
El recorrido de Tikal es por sendas peatonales donde la curiosidad y la aventura pueden más que la comodidad. Los caminos son estrechos y cubiertos de maleza. Los árboles, de a ratos, cubren el cielo y sus ramas caen sobre las otras brindándole a los monos aulladores una ruta de escape segura apenas escuchan a los turistas que se acercan acechándolos con sus cámaras fotográficas. Pasan apenas a unos tres metros y los tucanes comen frutas tan cerca que se los puede tocar con la mano.

Tikal no solamente es refugio de la mayo parte de mamíferos de Guatemala, sino uno de los lugares que permite observarlos con mayor facilidad. Los monos araña y los monos aulladores (conocidos localmente como "zaraguates") no pasan inadvertidos para el visitante, quien con un poco más de suerte podrá observar también pizotes, mapaches y venados de cola blanca. Desde las áreas abiertas al público, los encuentros con pumas y jaguares son improbables. En el parque se han registrado más de 300 especies de aves, que van desde colibríes, hasta enormes aves de presa. Cerca de 20.000 clubes de avistamiento de aves en Estados Unidos son uno de los principales objetivos en el marketing del Instituto Guatemalteco de Turismo (INGUAT). También hay serpientes pero se mantienen lejos de los lugares turísticos como la Gran Plaza, objetivo principal de los grupos que llegan a diario.

El interés de toda esta área consiste en el ensamble que forma el entorno natural con los vestigios arqueológicos de la antigua ciudad. Tikal fue uno de los centros urbanos más importantes del área maya como lo muestran las más de 3000 construcciones que se extienden sobre los 16 kilómetros cuadrados y que incluyen palacios, templos, plataformas ceremoniales, canchas para juegos de pelota, terrazas, residencias, plazas, calzadas y baños de vapor.

Hay también más de 200 estelas y altares en piedra, cientos de entierros y ofrendas rituales. Todos estos monumentos y más de 100.000 herramientas, objetos de culto y adornos que han sido encontrados en el lugar, demuestran que esta ciudad maya vivió una época de oro de, al menos, unos mil años. Algunos colectivos de línea y las tradicionales combis atestadas de turistas recorren todos los días los 65 kilómetros asfaltados por la ruta que une Tikal y la Ciudad de Flores. El Parque Nacional está bien señalizado y un buen lugar para comenzar el recorrido puede ser el Centro de Interpretación y el Museo, desde donde parten las visitas guiadas. Hay áreas para acampar, hoteles 5 estrellas, restaurantes y locales que ofrecen artesanías a muy buenos precios.

Cuando cae la tarde, un enrojecido y gigantesco sol se oculta rápidamente en el verde horizonte selvático matizando con dorados las cresterías almenadas y pintadas de los templos que sobresalen entre las copas de los árboles. Desde lo alto de los templos –a los que se llega trepando una interminable escalinata

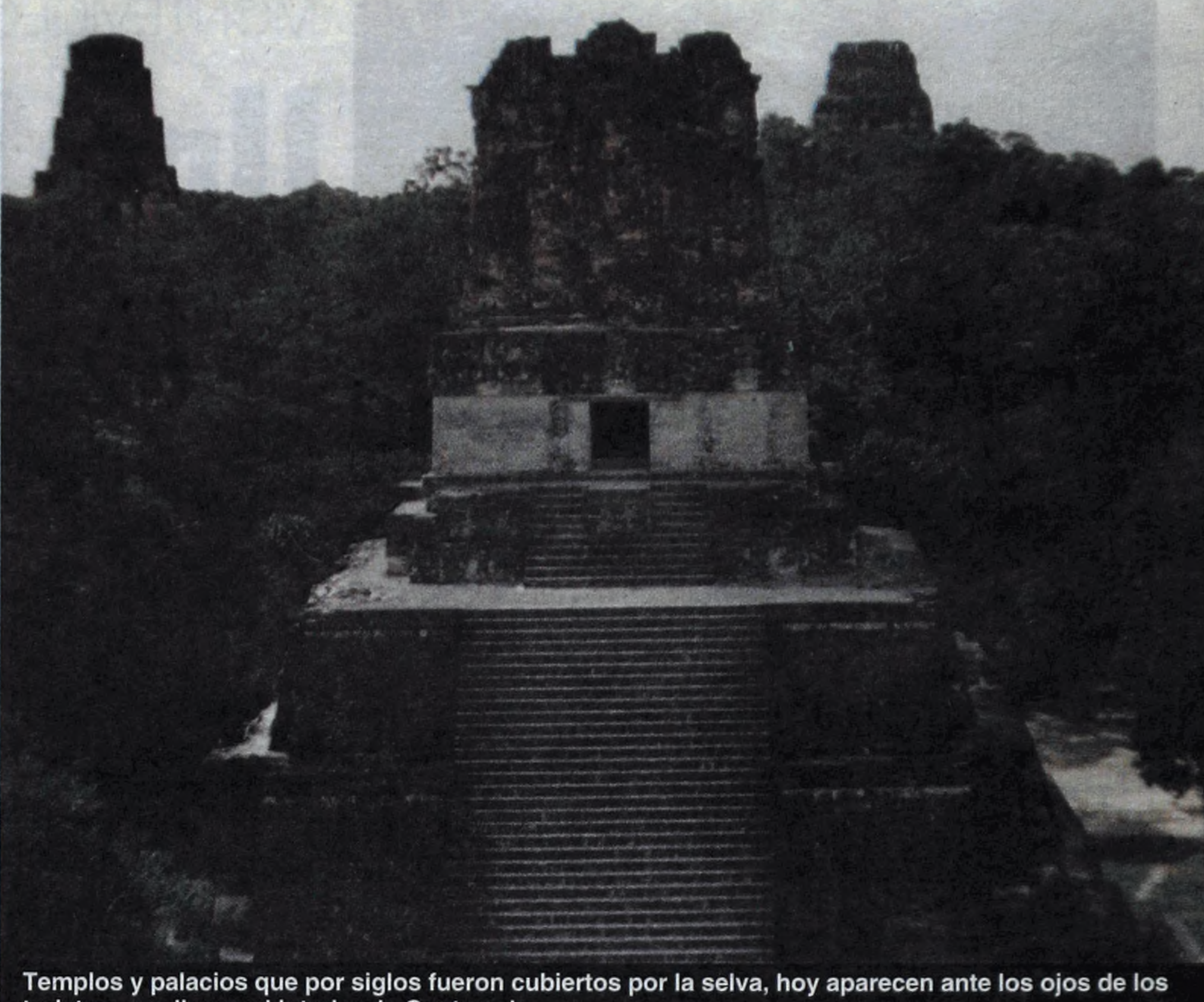


Entre las espesas selvas tropicales de El Petén se descubre el legado de los mayas. Las ruinas que allí se encuentran están entre las mejores conservadas de Centroamérica.

GUATEMALA

maya


Un jaguar, posible de avistar en la reserva natural de la zona, cercana a las ruinas de Tikal.


Templos y palacios que por siglos fueron cubiertos por la selva, hoy aparecen ante los ojos de los turistas, que llegan al interior de Guatemala.

de piedra– se ofrece la mejor vista para disfrutar del ocaso y la aparición de un nuevo día. Una de las experiencias más maravillosas para un aventurero es dormir en el camping sobre una hamaca paraguaya colgada de un "bohío", cuya paja húmeda por el rocío brilla bajo las estrellas. Las mismas que los mayas estudiaron en Uaxactún, el observatorio astronómico ubicado a sólo 80 kilómetros al norte de Tikal. La noche trae una invasión de ruidos exóticos; los de una de las 80 subespecies de pumas que habitan las Américas y la de los jaguares que salen a cazar durante la noche, aprovechando el descenso de la temperatura.

En la Gran Plaza, descubierta en el año 1848, se puede observar la mayor exposición arquitectónica de todos los períodos culturales del Imperio Maya. En la parte norte y junto a la Plaza, hay restos de un complejo de edificios ceremoniales llamados la Acrópolis del Norte, donde fueron hallados restos de familias. En el lado sur otro conjunto de ruinas llamado la Acrópolis Central, cumplía hasta el año 900 d.C. funciones administrativas y residenciales. En el este está el Templo I o el Gran Templo del Jaguar, ubicado enfrente del Templo de las Máscaras. En su interior, los templos son pequeños y sencillos. Cerca de 50.000 habitantes poblaron esta ciudad maya hasta que la civilización comenzó a decaer hace 11 siglos y las ciudades fueron abandonadas 500 años antes de la llegada de los españoles. Sigue siendo un misterio y materia de especulación las razones por las cuales decayeron los mayas.

En la parte alta de los templos, la Crestería de la cubierta corona al templo con complejos motivos que superan en altura a la bóveda, dándole su característico perfil. La cara exterior de la bóveda lleva una decoración esculpida con una gran figura y una serpiente, apenas identificable entre los monótonos grises de la piedra. El Santuario se reconoce porque tiene una entrada que asemeja la apertura de una puerta y hay, en su interior, tres cámaras unidas entre sí con una cubierta abovedada. Allí se celebraban los sacrificios humanos, arrancándole el corazón a una persona y, que aún palpitando, era mostrado al cielo y ofrecido a los dioses. La sangre entonces fluía por las gradas frente al pueblo reunido en la Gran Plaza. Todavía se puede ver en el interior del dintel la viga de madera tallada con la imagen de un jaguar. El museo atesora un vaso en forma de jaguar donde, presumiblemente, se habría guardado la sangre utilizada en las ofrendas. También se ofrecían flores, animales, jade, sangre y aves. El Templo I es una de las mayores pirámides de Tikal y tiene 47,5 metros. Hay que tener paciencia para escalarla. Una subida siempre viene bien apenas aparece el sol y nunca es recomendable hacerlo al mediodía. La altura es equivalente a un edificio de 9 pisos y las gradas están dispuestas sobre terrazas que simbolizan los niveles míticos del infierno. Hay una cámara funeraria sellada con los restos del rey Ab Cacau que gobernó el imperio en el siglo 7 d.C. Toda la pirámide está construida a base de piedras y argamasa, revestida con bloques de piedra labrada unidos con mortero. Si bien la cantera de donde se extraían las piedras está a sólo 12 kilómetros del lugar, todavía hoy es un misterio cómo los mayas transportaban estas piedras hasta la ciudad. Los trabajados relieves en las piedras, ubicadas al costado de la plaza permiten conocer los detalles de la cultura maya. De ahí se sabe que los mayas tenían un calendario de hitos dinásticos con una estructura cíclica dividido en períodos de 20 años; un acontecimiento que se celebraba con la construcción de edificios en forma piramidal alrededor de toda la ciudad. La mayoría de ellos están hoy tapados por la vegetación.

Exposición: En la Gran Plaza, descubierta en el año 1848, se puede observar la mayor exposición arquitectónica de todos los períodos culturales del Imperio Maya.

Los mayas solían jugar a la pelota. En Tikal lo hacían en la Gran Plaza. El juego consistía en meter la pelota en un aro de piedra. Los codos y las caderas ayudaban a manejar el balón que también era de piedra. Una de las reglas del juego era que la pelota, pesada bola de piedra, no debía tocar nunca el piso. El que perdía, era sacrificado. La mejor cancha de pelota del mundo maya estaba en las ruinas de Copán (Honduras). Los mayas de México también practicaban este deporte que sirvió para ilustrar las mejores publicidades del Mundial de México '86.

Desde el Templo IV se tiene la mejor vista de la ciudad que se levanta sobre un terreno escarpado y que habría estado conectada por calzadas rodeadas de embalses que permitían el acceso rápido al lugar de personas embarcadas y comida. En algunos lugares que rodean a los principales centros turísticos, y en medio de la selva, se pueden apreciar espacios en forma de piletas, todavía llenas de agua, con canales de líneas y caídas perfectas que demostrarían la gran habilidad y el manejo de la ingeniería que tenían los mayas.

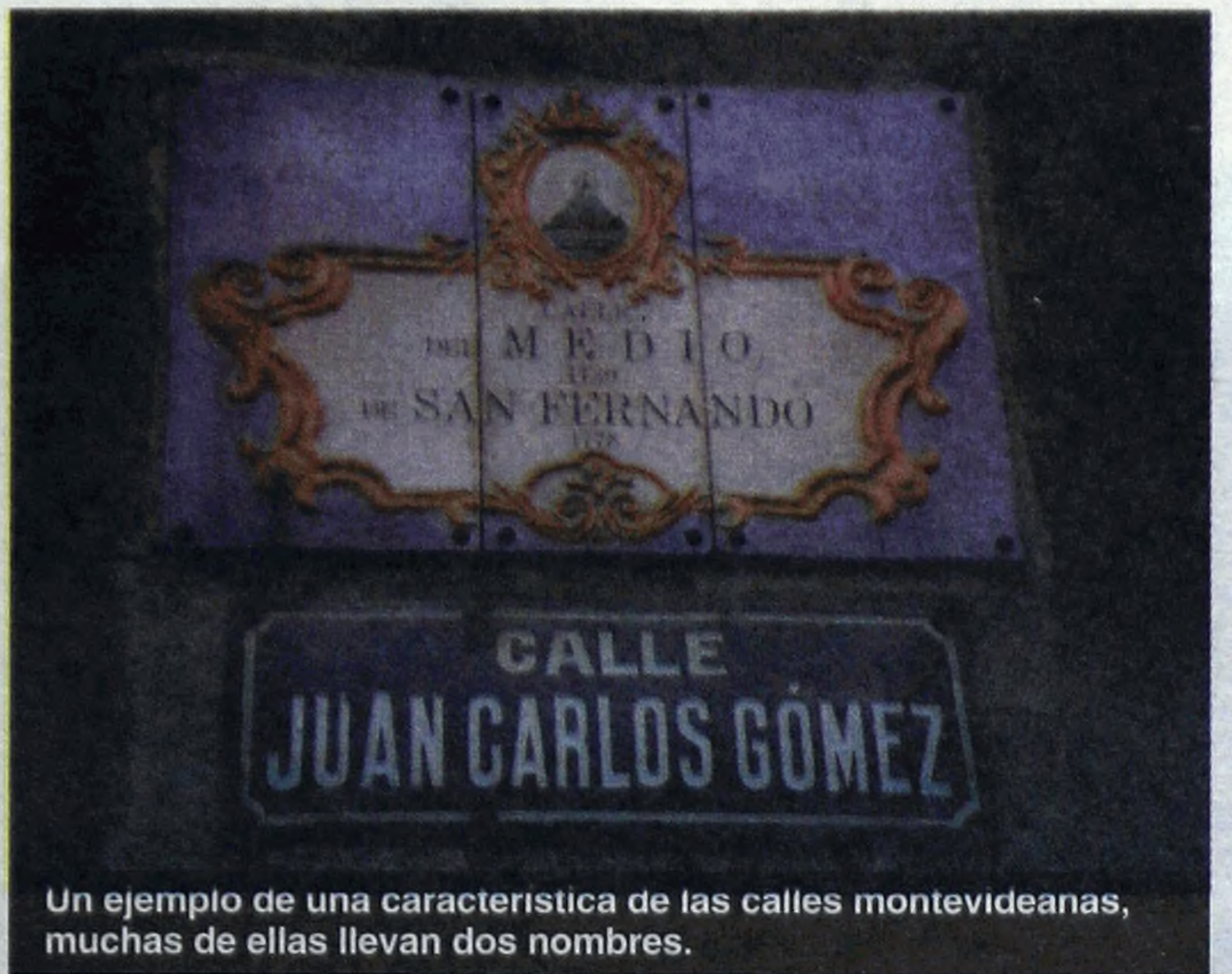
Guía práctica

✪ **Cómo llegar:** Por Aeroméxico hasta Guatemala. Desde la capital guatemalteca se puede viajar por Aviateca hasta Flores, en el Petén. Después, una hora de camino asfaltado hacia el Parque Nacional Tikal.

✪ **Dónde alojarse:** Hotel El gringo perdido, El Remate, Flores Petén
Tel.: 3327683 (Cuenta con sólo 12 habitaciones). Hotel Jaguar Inn, Parque Nacional Tikal, cuenta con sólo 2 habitaciones. La mansión del pájaro serpiente, El Remate, Flores Petén (cuenta con 10 habitaciones). Hotel cinco estrellas Camino Real, Westin Tikal, Lote No. 77. Parcelamiento Tayasal, San José, Tel.: 9260204, Fax:9260222, Tiene 72 habitaciones.

✪ **Documentación y moneda:** Sólo se requiere pasaporte argentino vigente. No se necesita visa. La moneda nacional es el quetzal. Guatemala es uno de los países más baratos de Occidente.

✪ **Mayor información:** En Guatemala, INGUAT (Instituto Guatemalteco de Turismo),7a. Ave. 1-17, Zona 4, Centro Cívico, Tel.: (502) 331-1333/47 y Fax: (502) 331-4416/3004. En Buenos Aires, Embajada de Guatemala, Ave. Santa Fe 830, 5 piso, Tel.: (01) 313-9160 y 313-9180 Fax: (01) 313-9181 Email: embagua@overnet.com.ar



Un ejemplo de una característica de las calles montevideanas, muchas de ellas llevan dos nombres.

MONTEVIDEO, UNA CAPITAL DONDE HAY TIEMPO

Una vecina tranq

La capital uruguaya tiene para los argentinos un innegable encanto. Un encanto que toma la forma de edificios históricos, barrios coloniales, playas y tradiciones hermanas, sólo separadas por el ancho Río de la Plata. Que no es poco. Los porteños tratan a Montevideo como una suerte de "hermana menor" de Buenos Aires, pero no dejan de envidiar su característica de ciudad "habitable", acogedora, que nunca le ha dado la espalda al río.

Por Graciela Cutuli

Es domingo a la mañana, y en la Feria de Tristán Narvaja ya está empezando la agitación. Hasta ayer todo estaba tranquilo en esta avenida rodeada de árboles, pero hoy todo es un sinfín de gente que se mueve entre decenas de puestos desparramados sobre tres manzanas. Hay de todo, como en botica. Un San Telmo a la montevideana, pero mucho más estrafalario y diverso: codo a codo se enciman las antigüedades (en algunos casos, un digno nombre para simples trastos), las artesanías en plata, cobre y hojalata, los libros inhallables, las inexplicables herramientas del pasado, los discos de pasta y sus correspondientes gramófonos, las hortalizas, cuadros, adornos, revistas, vestidos y quién sabe cuántas cosas más... **Este lugar es, por lo menos hasta las dos o tres de la tarde, un mundo aparte. Casi casi como la misma Montevideo, esta capital sudamericana que se las arregla para ser ella misma, despegándose de su gigantesca vecina: Buenos Aires.**

Los porteños suelen tratar a Montevideo de "hermana menor", diciendo que es una Buenos Aires que vive algunas décadas atrás en el reloj del siglo. Una rivalidad que viene de lejos, desde los tiempos de la colonia y de las Invasiones Inglesas. Pero en realidad no se pueden escapar de su encanto un poco demodé, como si en Montevideo se les materializara la nostalgia de una ciudad más habitable, más acogedora y pensada a una escala más humana. Aquí parece haber tiempo para todo, como si las cosas pasaran más despacio, como si dieran más tiempo para disfrutarlas. Y el pasado, además, está muy cerca y es palpable. En la Fortaleza del Cerro, que domina el paisaje sobre toda la ciudad, parece que todavía se escucha el eco del vigía de Solís que exclamó "monte vide eu" al aparecer los primeros relieves de la capital actual. Eso, si se le da crédito a esta tradicional explicación del origen del nombre Montevideo. Otras versiones dicen que en los primeros mapas de navegación el cerro de Montevideo era el sexto de este a oeste, lo cual se leía más o menos como "Monte VI D.E.O." ¿Más opciones? Sin duda, no le faltan a la imaginación oriental: una tercera explicación plausible dice que Hernando de Magallanes bautizó la elevación con el nombre de San Ovidio, su pueblo natal: eso habría dado "Monte Ovidio", derivado con el tiempo en "Montevideo". Hoy día, en lo alto de este cerro se puede visitar la fortaleza, que lleva el nombre de Artigas y es la sede de un museo militar.

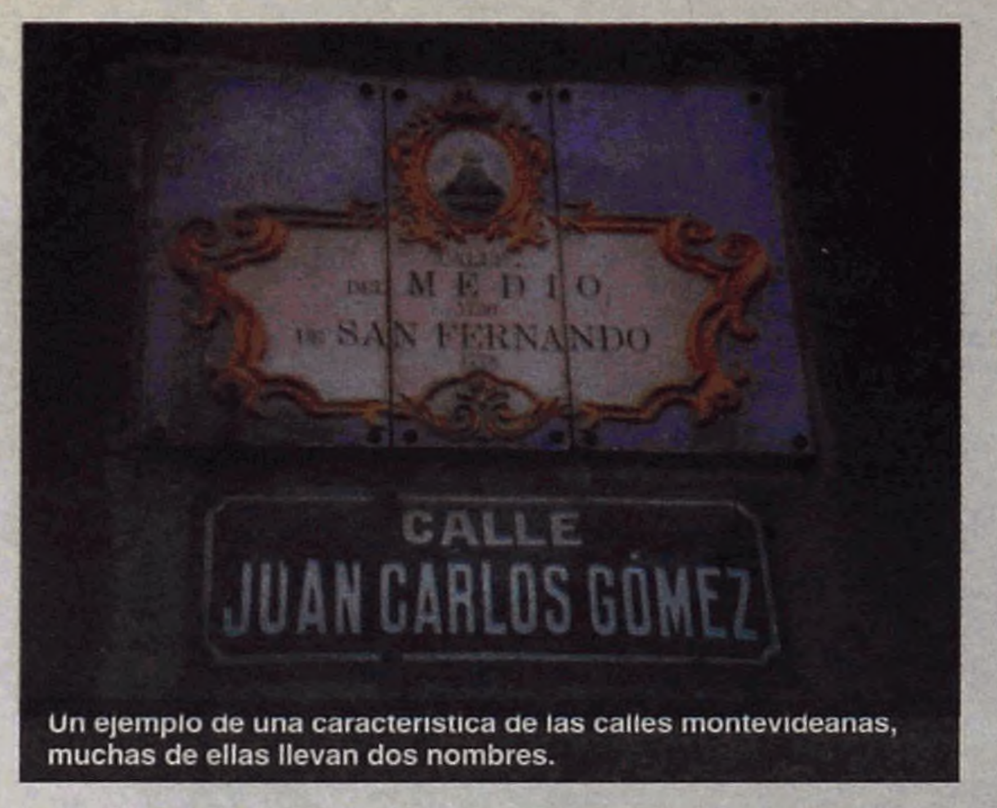
Otra parte de la historia montevideana está en la Ciudad Vieja, mitad barrio bancario y mitad retazo del pasado que sobrevivió a varias décadas de desinterés y olvido, aunque hoy está conociendo por fin reciclajes y recuperaciones de los edificios coloniales que la caracterizan. El paseo por este sector puede empezar en la Plaza Matriz (o Plaza Constitución, porque una de las curiosidades de Montevideo es el bautizar un mismo lugar con más de un nombre), a la que da la Iglesia Matriz, también llamada Basílica de San Juan y Catedral Metropolitana. Aquí están las tumbas de varios uruguayos célebres (entre la documentación que guardan los libros parroquiales se encuentra también la partida de bautismo de Artigas). Frente a la iglesia, como en toda plaza colonial que se precie de tal, se levanta el Cabildo, bastante menos maltratado que el de Buenos Aires con el correr de los años, y hoy día sede del Museo Histórico Municipal. Los uruguayos prefieren olvidar que para un viajero norteamericano del siglo pasado este edificio parecía "una ruina romana bien conservada", y marcan las páginas de las guías que lo destacan como "uno de los más bellos monumentos en su género en América latina". En sus salas se juró, el 18 de julio de 1830, la Constitución uruguaya.

No hay que irse de la Ciudad Vieja sin pasar por el Mercado del Puerto, un amplio recinto ahora más que subdividido, siempre lleno de gente y con variantes gastronómicas para todos los gustos. Después de comer siempre quedará un rato para admirar la estructura de hierro forjado, que le da al mercado un aire de estación de trenes a la europea. Dice la leyenda que los materiales usados para este edificio en realidad debían servir para levantar una estación de tren en algún lugar no precisado sobre el Pacífico: pero para bien de Montevideo, el barco naufragó, la empresa constructora del mercado compró los materiales como desecho y así nació este lugar heterogé-

Vista de la ciudad de Montevid[...]
Fortaleza del Cerro.

En Montevideo también hay que ver...

La casa de Garibaldi: en 25 de Mayo 414 se encuentra una construcción de principios de siglo donde vivió el prócer italiano Giuseppe Garibaldi. Hoy es una dependencia del Museo Histórico Nacional de Uruguay.
Museo Nacional de Arte Decorativo o Palacio Taranco: 1º de Mayo 1445. Abre de lunes a viernes por la tarde, la entrada es gratuita.
Museo Histórico Nacional: Rincón y Misiones. Fue la casa de Fructuoso Rivera, construida entre principios y mediados del siglo pasado.
Las Bóvedas: en realidad sólo queda una de las 34 casamatas con bóvedas de cañón realizadas entre fines del siglo XVIII y principios del XIX.
Museo del Gaucho y de la Moneda: 18 de Julio 998, abierto de martes a domingo de 16 a 19, paradójicamente ubicado en una mansión de estilo francés.
Mirador del Palacio Municipal: se pueden tomar los ascensores externos que llevan hasta el piso 22, desde donde se divisa toda la ciudad. En el mismo Palacio Municipal funciona un Museo de Historia del Arte y Arte Precolombino y Colonial.
Monumento a la Cruz: en el cruce del Boulevard Artigas con las avenidas Italia y 8 de Julio se levanta esta cruz de metal pintada que quedó como recuerdo de la visita papal a Montevideo, en 1987. Casi una curiosidad en un país de tradición fuertemente laica, donde la Semana Santa se conoce como "Semana del Turismo".
Iglesia del Cerrito de la Victoria: éste es el "cerro pequeño" de Montevideo, con una iglesia inspirada en el Sacre Coeur de París.
Estadio Centenario: un lugar exclusivo para los fanáticos de la pelota. ¿El mejor día para verlo? Cuando se juega el clásico Nacional-Peñarol, por supuesto.



Un ejemplo de una característica de las calles montevideanas, muchas de ellas llevan dos nombres.

MONTEVIDEO, UNA CAPITAL DONDE HAY TIEMPO PARA TODO

Una vecina tranquila y querible

Por Graciela Cutuli

Es domingo a la mañana, y en la Feria de Tristán Narvaja ya está empezando la agitación. Hasta ayer todo estaba tranquilo en esta avenida rodeada de árboles, pero hoy todo es un sinfín de gente que se mueve entre decenas de puestos desparramados sobre tres manzanas. Hay de todo, como en botica. Un San Telmo a la montevideana, pero mucho más estrafalario y diverso: codo a codo se enciman las antigüedades (en algunos casos, un digno nombre para simples trastos), las artesanías en plata, cobre y hojalata, los libros inhallables, las inexplicables herramientas del pasado, los discos de pasta y sus correspondientes gramófonos, las hortalizas, cuadros, adornos, revistas, vestidos y quién sabe cuántas cosas más... Este lugar es, por lo menos hasta las dos o tres de la tarde, un mundo aparte. Casi casi como la misma Montevideo, esta capital sudamericana que se las arregla para ser ella misma, despegándose de su gigantesca vecina: Buenos Aires.

Los porteños suelen tratar a Montevideo de "hermana menor", diciendo que es una Buenos Aires que vive algunas décadas atrás en el reloj del siglo. Una rivalidad que viene de lejos, desde los tiempos de la colonia y de las Invasiones Inglesas. Pero en realidad no se pueden escapar de su encanto un poco demodé, como si en Montevideo se les materializara la nostalgia de una ciudad más habitable, más acogedora y pensada a una escala más humana. Aquí parece haber tiempo para todo, como si las cosas pasaran más despacio, como si dieran más tiempo para disfrutarlas. Y el pasado, además, está muy cerca y es palpable. En la Fortaleza del Cerro, que domina el paisaje sobre toda la ciudad, parece que todavía se escucha el eco del vigía de Solís que exclamó "monte vide eu" al aparecer los primeros relieves de la capital actual. Eso, si se le da crédito a esta tradicional explicación del origen del nombre Montevideo. Otras versiones dicen que en los primeros mapas de navegación el cerro de Montevideo era el sexto de este a oeste, lo cual se leía más o menos como "Monte VI D.E.O." ¿Más opciones? Sin duda, no le faltan a la imaginación oriental: una tercera explicación plausible dice que Hernando de Magallanes bautizó la elevación con el nombre de San Ovidio, su pueblo natal: eso habría dado "Monte Ovidio", derivado con el tiempo en "Montevideo". Hoy día, en lo alto de este cerro se puede visitar la fortaleza, que lleva el nombre de Artigas y es la sede de un museo militar.

Otra parte de la historia montevideana está en la Ciudad Vieja, mitad barrio bancario y mitad retazo del pasado que sobrevivió a varias décadas de desinterés y olvido, aunque hoy está conociendo por fin reciclajes y recuperaciones de los edificios coloniales que la caracterizan. El paseo por este sector puede empezar en la Plaza Matriz (o Plaza Constitución, porque una de las curiosidades de Montevideo es el bautizar un mismo lugar con más de un nombre), a la que da la Iglesia Matriz, también llamada Basílica de San Juan y Catedral Metropolitana. Aquí están las tumbas de varios uruguayos célebres (entre la documentación que guardan los libros parroquiales se encuentra también la partida de bautismo de Artigas). Frente a la iglesia, como en toda plaza colonial que se precie de tal, se levanta el Cabildo, bastante menos maltratado que el de Buenos Aires con el correr de los años, y hoy día sede del Museo Histórico Municipal. Los uruguayos prefieren olvidar que para un viajero norteamericano del siglo pasado este edificio parecía "una ruina romana bien conservada", y marcan las páginas de las guías que lo destacan como "uno de los más bellos monumentos en su género en América latina". En sus salas se juró, el 18 de julio de 1830, la Constitución uruguaya.

No hay que irse de la Ciudad Vieja sin pasar por el Mercado del Puerto, un amplio recinto ahora más que subdividido, siempre lleno de gente y con variantes gastronómicas para todos los gustos. Después de comer siempre quedará un rato para admirar la estructura de hierro forjado, que le da al mercado un aire de estación de trenes a la europea. Dice la leyenda que los materiales usados para este edificio en realidad debían servir para levantar una estación de tren en algún lugar no precisado sobre el Pacífico: pero para bien de Montevideo, el barco naufragó, la empresa constructora del mercado compró los materiales como desecho y así nació este lugar heterogéneo y animado, reino de la artesanía, el arte callejero y la música improvisada en las veredas. La mayor animación, como es de imaginar, es a toda hora de los sábados y domingos.

Volviendo a la Plaza Matriz, el paseante puede llegar a la Plaza Independencia, donde empieza la Ciudad Nueva, recorriendo la adoquinada peatonal Sarandí, ideal para los turistas por sus casas de cambio, agencias de viaje, casas de antigüedades y de arte. La Plaza Independencia se levanta sobre la antigua fortaleza amurallada conocida como La Ciudadela, a la que le tocó seguir el destino de tantos otros monumentos históricos sudamericanos vinculados con colonia: la demolición. Hoy sólo sobrevive la puerta y algunos fragmentos de lo que fue un gran edificio de piedra situado en el extremo de la península que ocupa la Ciudad Vieja.

La silueta inconfundible de esta plaza, donde nace la avenida 18 de Julio, es el Palacio Salvo, algo así como el Palacio Barolo de Montevideo (en todo caso, si algo lo hermana con el edificio porteño es esa ecléctica decoración que lo convierte en un ejemplo de arquitectura inclasificable, al menos según las etiquetas convencionales). Hasta los primeros años 80 otro de los edificios de esta Plaza, el Palacio Estévez, funcionó como casa de gobierno, hasta que lo reemplazó el Edificio Libertad, frente a ese otro monumento inclasificable de Montevideo que son los "Cuernos de Batlle", como se llama popularmente ese curioso homenaje al político uruguayo.

No muy lejos de la plaza, como para compensar, está el Teatro Solís (una vez más los porteños no se privan de la comparación, y lo llaman "el Colón montevideano"), que se inspira en el Carlo Fenice de Génova. Carlo Zucchi, el autor de este proyecto, se había exiliado en Montevideo durante la época de Rosas: primero presentó un proyecto tan caro que le fue rechazado por la Sociedad de Accionistas, y luego vio realizada su obra pero con las adaptaciones que le impuso el uruguayo Francisco Xavier Garmendia. El Solís tiene sus buenos pergaminos: por su sala –una "mini Scala" alabada por su acústica, y con capacidad para 1600 personas– pasaron Enrico Caruso, Ana Pavlova, Nijinski, Eleonora Duse y Sarah Bernhardt.

Después de visitarlo vale la pena encaminarse hacia la 18 de Julio, uno de los ejes principales del movimiento de la Ciudad Nueva. Por aquí hay negocios, restaurantes, puestos con souvenirs uruguayos (tan parecidos a los argentinos) en cada esquina, bares y algunas librerías muy completas, donde dan ganas de quedarse largo rato descubriendo esos libros orientales que no llegan a esta orilla. Pasando algunas cuadras, la avenida se abre en la Plaza Cagancha o Plaza Libertad (recuérdese aquello del doble bautismo), con la Columna de la Paz (o Estatua de la Libertad), el primer monumento de la ciudad. En una de las esquinas de la plaza, donde estaba el mítico y ya desaparecido café Sorocabana (el original, ya que hay una sucursal sobre la calle 25 de Mayo), se encuentra el Mercado de los Artesanos.

Montevideo se muestra, por otra parte, como ciudad amante de las esculturas: aquí y allá se encuentran el monumento al Gaucho, épica obra de José Luis Zorrilla de San Martín, el monumento a la Carreta y a la Diligencia, los dos de José Belloni, y el monumento a los Ultimos Charrúas, de Edmundo Prati, en homenaje a Yamaca-Piru, Guyunusa y Tacuabé, algunos de los varios indios que fueron llevados a Francia para ser exhibidos como curiosidad y jamás regresaron. Este último y el de la Diligencia se encuentra en el Parque Prado, uno de los lugares más agradables de Montevideo, mientras el monumento a la Carreta está emplazado en el Parque Batlle y Ordóñez, diseñado por el paisajista francés Carlos Thays.

Ciertamente de Montevideo no se puede decir lo que se le suele reprochar a Buenos Aires: que vive de espaldas al río. Montevideo mira de frente al Río de la Plata, y en realidad prefiere llamarlo "el mar", prestándose a la ilusión de los días en que las aguas, por obra y gracia de los vientos favorables, se ponen más azul-verdosas que marrones. El paseo por la costa montevideana es uno de los momentos más lindos que ofrece la capital uruguaya: aquí se muestra sin medias tintas esa tan mentada calidad de vida de la que hablan las estadísticas cuando les toca detenerse en Montevideo. En total, la avenida costanera –"las ramblas"– tienen unos 25 kilómetros, desde la punta Santa Teresa hasta Carrasco, y unen las ocho playas de la ciudad. La playa de Carrasco cierra el recorrido de las Ramblas. Este es otro de los barrios característicos de Montevideo, y bien vale la pena pasar por aquí, que es otra de las almas de Montevideo. Esa ciudad que recién cuando parece conocida empieza a descubrirse.

La capital uruguaya tiene para los argentinos un innegable encanto. Un encanto que toma la forma de edificios históricos, barrios coloniales, playas y tradiciones hermanas, sólo separadas por el ancho Río de la Plata. Que no es poco. Los porteños tratan a Montevideo como una suerte de "hermana menor" de Buenos Aires, pero no dejan de envidiar su característica de ciudad "habitable", acogedora, que nunca le ha dado la espalda al río.

Una de las calles de la Ciudad Vieja todavía no alcanzada por los reciclajes y restauraciones. En muchas cosas, Montevideo recuerda al Buenos Aires de ayer.

Vista de la ciudad de Montevideo y el Río de la Plata desde la Fortaleza del Cerro.

En Montevideo también hay que ver...

La casa de Garibaldi: en 25 de Mayo 414 se encuentra una construcción de principios de siglo donde vivió el prócer italiano Giuseppe Garibaldi. Hoy es una dependencia del Museo Histórico Nacional de Uruguay.
Museo Nacional de Arte Decorativo o Palacio Taranco: 1° de Mayo 1445. Abre de lunes a viernes por la tarde, la entrada es gratuita.
Museo Histórico Nacional: Rincón y Misiones. Fue la casa de Fructuoso Rivera, construida entre principios y mediados del siglo pasado.
Las Bóvedas: en realidad sólo queda una de las 34 casamatas con bóvedas de cañón realizadas entre fines del siglo XVIII y principios del XIX.
Museo del Gaucho y de la Moneda: 18 de Julio 998, abierto de martes a domingo de 16 a 19, paradójicamente ubicado en una mansión de estilo francés.
Mirador del Palacio Municipal: se pueden tomar los ascensores externos que llevan hasta el piso 22, desde donde se divisa toda la ciudad. En el mismo Palacio Municipal funciona un Museo de Historia del Arte y Arte Precolombino y Colonial.
Monumento a la Cruz: en el cruce del Boulevard Artigas con las avenidas Italia y 8 de Julio se levanta esta cruz de metal pintada que quedó como recuerdo de la visita papal a Montevideo, en 1987. Casi una curiosidad en un país de tradición fuertemente laica, donde la Semana Santa se conoce como "Semana del Turismo".
Iglesia del Cerrito de la Victoria: éste es el "cerro pequeño" de Montevideo, con una iglesia inspirada en el Sacre Coeur de París.
Estadio Centenario: un lugar exclusivo para los fanáticos de la pelota. ¿El mejor día para verlo? Cuando se juega el clásico Nacional-Peñarol, por supuesto.

Montevideo virtual

El Ministerio de Turismo de Uruguay encontró una excelente manera de convencer a los potenciales visitantes: mostrarles vía Internet algunas de las vistas de la ciudad, exactamente como si uno estuviera allí. La página Web "Montevideo Virtual" (en www.uruguay.org.uy) muestra en 360 grados los paisajes que se ven desde la Fortaleza del Cerro, el piso 24 de la Intendencia, el lago del Parque Rodó y las canteras. Se puede hacer un "zoom" con el teclado, para acercarse o alejarse de cada punto de la imagen. Además, en otro sector de esta página es posible "bajarse" un salvapantallas con imágenes del Montevideo antiguo, o bien un iconito aplicable como acceso directo a cualquier programa, con la cara de Carlos Gardel, Rubén Rada, China Zorrilla, Leo Maslíah o Berugo Carámbula. Todos uruguayos, claro.

PARA TODO

uila y querible



Una de las calles de la Ciudad Vieja todavía no alcanzada por los reciclajes y restauraciones. En muchas cosas, Montevideo recuerda al Buenos Aires de ayer.

eo y animado, reino de la artesanía, l arte callejero y la música improisada en las veredas. La mayor aninación, como es de imaginar, es a oda hora de los sábados y dominos.

Volviendo a la Plaza Matriz, el paeante puede llegar a la Plaza Indeendencia, donde empieza la Ciuad Nueva, recorriendo la adoquiada peatonal Sarandí, ideal para los uristas por sus casas de cambio, gencias de viaje, casas de angüedades y de arte. La Plaza Indeendencia se levanta sobre la antiua fortaleza amurallada conocida omo La Ciudadela, a la que le tocó eguir el destino de tantos otros moumentos históricos sudamericanos inculados con colonia: la demoliión. Hoy sólo sobrevive la puerta y lgunos fragmentos de lo que fue un ran edificio de piedra situado en el xtremo de la península que ocupa Ciudad Vieja.

La silueta inconfundible de esta laza, donde nace la avenida 18 de ulio, es el Palacio Salvo, algo así omo el Palacio Barolo de Monteideo (en todo caso, si algo lo hermana con el edificio porteño es esa cléctica decoración que lo convierte en un ejemplo de arquitectura inclasificable, al menos según las etiquetas convencionales). Hasta los primeros años 80 otro de los edificios de esta Plaza, el Palacio Estévez, funcionó como casa de gobierno, hasta que lo reemplazó el Edificio Libertad, frente a ese otro monumento inclasificable de Montevideo que son los "Cuernos de Batlle", como se llama popularmente ese curioso homenaje al político uruguayo.

No muy lejos de la plaza, como para compensar, está el Teatro Solís (una vez más los porteños no se privan de la comparación, y lo llaman "el Colón montevideano"), que se inspira en el Carlo Fenice de Génova. Carlo Zucchi, el autor de este proyecto, se había exiliado en Montevideo durante la época de Rosas: primero presentó un proyecto tan caro que le fue rechazado por la Sociedad de Accionistas, y luego vio realizada su obra pero con las adaptaciones que le impuso el uruguayo Francisco Xavier Garmendia. El Solís tiene sus buenos pergaminos: por su sala –una "mini Scala" alabada por su acústica, y con capacidad para 1600 personas– pasaron Enrico Caruso, Ana Pavlova, Nijinski, Eleonora Duse y Sarah Bernhardt.

el Río de la Plata desde la

Después de visitarlo vale la pena encaminarse hacia la 18 de Julio, uno de los ejes principales del movimiento de la Ciudad Nueva. Por aquí hay negocios, restaurantes, puestos con souvenirs uruguayos (tan parecidos a los argentinos) en cada esquina, bares y algunas librerías muy completas, donde dan ganas de quedarse largo rato descubriendo esos libros orientales que no llegan a esta orilla. Pasando algunas cuadras, la avenida se abre en la Plaza Cagancha o Plaza Libertad (recuérdese aquello del doble bautismo), con la Columna de la Paz (o Estatua de la Libertad), el primer monumento de la ciudad. En una de las esquinas de la plaza, donde estaba el mítico y ya desaparecido café Sorocabana (el original, ya que hay una sucursal sobre la calle 25 de Mayo), se encuentra el Mercado de los Artesanos.

Montevideo se muestra, por otra parte, como ciudad amante de las esculturas: aquí y allá se encuentran el monumento al Gaucho, épica obra de José Luis Zorrilla de San Martín, el monumento a la Carreta y a la Diligencia, los dos de José Belloni, y el monumento a los Ultimos Charrúas, de Edmundo Prati, en homenaje a Yamaca-Piru, Guyunusa y Tacuabé, algunos de los varios indios que fueron llevados a Francia para ser exhibidos como curiosidad y jamás regresaron. Este último y el de la Diligencia se encuentra en el Parque Prado, uno de los lugares más agradables de Montevideo, mientras el monumento a la Carreta está emplazado en el Parque Batlle y Ordóñez, diseñado por el paisajista francés Carlos Thays.

Ciertamente de Montevideo no se puede decir lo que se le suele reprochar a Buenos Aires: que vive de espaldas al río. Montevideo mira de frente al Río de la Plata, y en realidad prefiere llamarlo "el mar", prestándose a la ilusión de los días en que las aguas, por obra y gracia de los vientos favorables, se ponen más azul-verdosas que marrones. El paseo por la costa montevideana es uno de los momentos más lindos que ofrece la capital uruguaya: aquí se muestra sin medias tintas esa tan mentada calidad de vida de la que hablan las estadísticas cuando les toca detenerse en Montevideo. En total, la avenida costanera –"las ramblas"– tienen unos 25 kilómetros, desde la punta Santa Teresa hasta Carrasco, y unen las ocho playas de la ciudad. La playa de Carrasco cierra el recorrido de las Ramblas. Este es otro de los barrios característicos de Montevideo, y bien vale la pena pasar por aquí, que es otra de las almas de Montevideo. Esa ciudad que recién cuando parece conocida empieza a descubrirse.

Montevideo virtual

El Ministerio de Turismo de Uruguay encontró una excelente manera de convencer a los potenciales visitantes: mostrarles vía Internet algunas de las vistas de la ciudad, exactamente como si uno estuviera allí. La página Web "Montevideo Virtual" (en www.uruguay.org.uy) muestra en 360 grados los paisajes que se ven desde la Fortaleza del Cerro, el piso 24 de la Intendencia, el lago del Parque Rodó y las canteras. Se puede hacer un "zoom" con el teclado, para acercarse o alejarse de cada punto de la imagen. Además, en otro sector de esta página es posible "bajarse" un salvapantallas con imágenes del Montevideo antiguo, o bien un iconito aplicable como acceso directo a cualquier programa, con la cara de Carlos Gardel, Rubén Rada, China Zorrilla, Leo Maslíah o Berugo Carámbula. Todos uruguayos, claro.

NOTICIERO

Protección al viajero

Desde este fin de semana el Grupo IMAS (International Medical Assistance Services) brindará a los socios Plus Gold de Aerolíneas Argentinas el servicio de asistencia integral al viajero. Este servicio incluye atención médica e internación en todo el mundo, traslados sanitarios de enfermos o heridos, localización de equipajes e indemnización complementaria por pérdida de éstos, asistencia legal y seguro de hogar protegido contra robo e incendio, entre otros beneficios.

Parques Sea World

Tras una campaña de expansión de ocho años de duración en la que se invirtieron centenares de millones de dólares, fueron relanzados los Parques de Aventura Sea World en los Estados Unidos. Estos son cuatro parques que están en Orlando, Florida; San Diego, California; San Antonio, Texas, y Cleveland, Ohio. Como parte de este relanzamiento, en el Sea World de Florida se ha inaugurado el proyecto más ambicioso del parque: la atracción "Viaje a la Atlántida". Este es el emprendimiento más importante y costoso realizado por Sea World hasta la fecha, que combina las emociones de una montaña rusa con un viaje acuático a alta velocidad y efectos especiales con tecnología de última generación.

UNA EXCURSION POR LAS MINAS DE SIERRA GRANDE

Mundo subterráneo

La imaginación de Julio Verne hizo viajar a sus lectores del siglo pasado por fantásticos itinerarios a través del espacio, el mundo submarino y las entrañas de la tierra. Esas narraciones de aventuras inimaginables se hicieron realidad en este siglo, en el que es posible, por ejemplo, pasear por los socavones de una mina sin necesidad de ser un minero.

En Sierra Grande, al sudoeste de la provincia de Río Negro, se encuentran las minas de hierro cuya explotación se suspendió hace cinco años y que se han transformado hoy en un atractivo turístico. La amplitud, ventilación, diseño y seguridad de la Mina de Hiparsa generó la iniciativa de organizar excursiones para llevar a los visitantes en un recorrido por sus socavones que se ha denominado, recordando la famosa novela de Julio Verne, *"Viaje al Centro de la Tierra"*.



La aventura de un Viaje al Centro de la Tierra más organizado que el que imaginó Julio Verne. Un recorrido de 2.800 metros a través de fantásticas galerías con zonas inundadas y viejos derrumbes.

Los viajeros comienzan a vivir la aventura de una experiencia insólita cuando los guías les dan el equipo con el que deben vestirse antes de descender al mundo subterráneo: mamelucos, cascos, botas de caña alta y una luz minera cada cinco personas. El temor a la falta de aire desaparece ante la sólida instalación de ventiladores y extractores que encuentra a cada paso.

La excursión es un trekking subterráneo de aproximadamente 100 metros de profundidad, en el que se recorren 2.800 metros por cavidades donde la única luz de la lámpara minera ilumina el camino, proyectando sobre las paredes las sombras de los visitantes y haciendo visible también su asombro ante la mágica revelación de las profundidades de la tierra. En el trayecto, que dura aproximadamente una hora y media, se atraviesan zonas inundadas y viejos derrumbes, e incluye una visita al museo minero. Durante la excursión, el guía va explicando la geología de las galerías mineras, las características y usos del mineral extraído, y los métodos de extracción, lo cual permite a los visitantes una mejor comprensión del duro oficio del minero. Cuando se llega a los 100 metros bajo tierra –la mina tiene una profundidad de 432 metros– el guía apaga las lámparas y enciende unas antorchas cuya luz emerge como lenguas de fuego de una oscuridad absoluta y de un silencio que pareciera brotar del centro de la tierra.

Para los más arriesgados, se han organizado excursiones donde la aventura tiene el vértigo de una bajada a las minas haciendo rapel a través de túneles verticales y navegación por ríos subterráneos, entre otros sobresaltos.

Los visitantes, vestidos con mamelucos, cascos y botas, aprenden a conocer los secretos de los socavones.

SOBRE LA TIERRA

Sierra Grande cuenta con diversas alternativas como centro turístico para los viajeros. En la extensa serie de tranquilas playas que se suceden hacia el sur, se encuentra la zona de Playas Doradas donde se pueden realizar todo tipo de actividades al aire libre: carrovelismo, buceo, pesca (embarcada y desde la costa), entre otras. En el extremo de Playas Doradas está Puerto Lobos, desde cuya costa se pueden avistar las ballenas. La Isla de los Pájaros y el islote Lobos son una reserva faunística donde los visitantes pueden admirar una colonia de lobos marinos y las distintas especies de aves que anidan en ese lugar.

Los paseos por la zona de Sierra Grande incluyen una excursión de un día completo o de un par de días a la meseta de Somuncura. En este lugar, los viajeros podrán disfrutar de un recorrido por los paisajes de la meseta típicamente patagónica y conocer las pinturas y grabados rupestres que allí se encuentran. También hacer trekking y cabalgatas, y además, safaris fotográficos para llevar como recuerdo la imagen de los manantiales, las formaciones rocosas y la variada flora y fauna que hacen de la región de Sierra Grande un lugar para descubrir.

Datos útiles

Los viajeros podrán obtener mayor información en la Secretaría de Turismo de Río Negro, Tel: (0920) 22150 o en Turismo Minero, Tel: (0934) 81095.

En Capital Federal: Casa de la Provincia de Río Negro, Tucumán y Riobamba, Tel: 371-7078.

THE ROCKS, EL LUGAR MAS DIVERTIDO DE SYDNEY

Al principio, los presos

Entre el puente Harbour y la famosísima Opera House de Sydney se encuentra The Rocks, quizás el barrio más divertido de esta ciudad de Australia, aunque en realidad su nacimiento no fue muy feliz: es el viejo barrio que construyeron los penados británicos que colonizaron la isla continente en 1788.

Por Luis Bruschtein

En un barrio hecho por prisioneros, a nadie le asusta ir a la cárcel" afirma Jacob Hills, y se desmiente mientras recoge rápidamente su sombrero con monedas, ante la cercanía de un patrullero. Jacob canta folk y alguna canción de U2 en la puerta clásica de un negocio de ropa sobre George Street, en Sydney, Australia. Unos metros más allá se escucha el griterío del pub Las Vegas Lounge, donde los parroquianos toman cerveza a dos manos.

Sydney es el principal puerto de Australia y la postal que más se conoce del país de los canguros, sobre todo esa en la que aparece la famosa Opera House en primer plano y el puente Harbour más atrás, con la bahía llena de barcos y veleros.

Entre el puente y la Opera House hay un lugar no tan conocido, pero seguramente el más divertido de la ciudad. Se llama The Rocks y es el viejo barrio que construyeron los penados británicos que colonizaron la isla continente en 1788.

El barrio The Rocks está donde la George Street comienza a bordear la orilla oeste de la bahía y se extiende hasta desembocar en el puente. Son unas ocho cuadras por otras tres de ancho, de casas inglesas muy antiguas que han sido restauradas como si los viejos colonos salidos de las cárceles británicas aún vivieran en ellas, pero bastante más prósperos. Paredes de ladrillo con techos de tejas a dos aguas y ventanas salientes, recovas con techo de madera y columnas de hierro trabajado, son el rasgo característico de los edificios de no más de cuatro o cinco pisos en The Rocks.

Solamente hay dos o tres calles transversales, porque el barrio se apoya sobre acantilados de roca y el que quiere caminar tendrá que resoplar mientras sube y baja. Es una forma de hacer turismo y algo de deporte al mismo tiempo. Apartándose de George Street uno se encuentra con callecitas peatonales angostas y empinadas, con plazas y rincones ocultos. Se pueden hacer varios itinerarios. El del arte, los antiguos edificios y los museos puede pasar por edificios como el Dawes Point Battery, de 1788, o la ex estación de policía, de 1882, la iglesia Garrison, de 1848, el Museo Colonial y el Aboriginal and Tribal Art Centre, galerías de arte y salas dedicadas al Bounty y al explorador capitán Cook.

Para Jacob Hills, que canta con traje y corbata, el pelo corto y un arito que brilla en la oreja izquierda, The Rocks es el Village australiano, aunque bastante más antiguo que su equivalente neoyorquino. En las callecitas empedradas también hay mimos y estatuas vivientes y algún saxofonista solitario que pasan la gorra. Es la parte de la ciudad que se acuesta más tarde. Los australianos se van a dormir temprano y es difícil encontrar un lugar para cenar después de la diez de la noche. The Rocks y la zona roja son los barrios más noctámbulos.

Solamente hay dos o tres calles transversales, porque el barrio se apoya sobre acantilados de roca y el que quiere caminar tendrá que resoplar mientras sube y baja. Es una forma de hacer turismo y algo de deporte al mismo tiempo.

Hay otros itinerarios para los bohemios y, por supuesto, el gastronómico con más de 60 restaurantes, cafés y pubs en la zona. Desde restaurantes italianos con unos tipos que tocan mandolinas y acordeones, hasta los australianos donde se puede comer una costilla de buen canguro. El interior de los cafés, donde también se puede comer, tienen boisseries y grandes espejos con reservados de madera, claro que si alguien quiere comer con cerveza la tiene que ir a buscar a los pubs porque en los cafés no la venden.

La gente en la ciudad es amable, muy educada y tranquila. Pero igual que los ingleses, después de las siete de la tarde, en los pubs se transforman en Mister Hyde. Piden de a dos cervezas, una en cada mano y las dos jarras duran no más de diez minutos. Todo el mundo habla a los gritos de una punta a la otra del mostrador y el griterío forma una sola masa sonora con la música de los grupos de jazz o cantantes con amplificadores. En el primer piso hay salones con máquinas para jugar solitarios de póker. El público del Las Vegas es gente mayor y en la otra punta del barrio, en el pub del Mercantile Hotel se reúnen los jóvenes. El bullicio es el mismo aquí, pero la música es rock. Lo más recomendable, por la cantidad de cerveza, es dejar este circuito de los pubs para el final.



La tradicional imagen de Sydney: el singular formato de la Opera House en la bahía y el puente Harbour. Entre ambos "símbolos" de la ciudad se encuentra el barrio The Rocks.



Una vista del puente Harbour desde las calles de The Rocks, el barrio más divertido de Sydney.

LA CAPITAL INGLESA VISTA POR EL GRAN ESCRITOR CATALAN

Londres: sobre el puente

Por Josep Pla *

Esta es una singular visión de Londres hecha por el escritor catalán, fallecido en 1981, Josep Pla. La dureza del clima, el Támesis y un cráneo fosilizado encontrado en el corazón de la City le sirven a Pla como base para esta historia.

Desembarcado en la estación Victoria y tomado alojamiento en una pensión cualquiera de Cambridge Street, en el barrio incoloro de Marble Arch, me lancé a la calle con un entusiasmo que nunca más se repetirá. El placer de descubrir una ciudad enorme y desconocida, sin guías ni libros, dejando sólo flotar el espíritu en lecturas anteriores, es una de las cosas más agradables que se pueden hacer en la vida. Londres es un plato fuerte. Y así, después de andar horas y horas por parques y jardines, calles y plazas, me encontré, un crepúsculo de invierno, sobre el puente de Westminster.

Recostado en la baranda del puente, contemplé el conocido panorama de Londres. Llovía a cántaros, hacía un viento furioso y las ráfagas proyectaban el agua en el suelo, sobre los impermeables, sobre la estructura de hierro. El Támesis bajaba turbio, amarillento, impetuoso. Río abajo, inmersas en la niebla, se veían las formas de la gran ciudad. A veces el viento rompía la atmósfera baja, se llevaba la niebla y aparecía la cúpula de la catedral de San Pablo, de color de chocolate oscuro, sobre un fondo de luz lívida, agria, vítrea. Las dos luces del crepúsculo chorreaban. Las puntas de alguna iglesia aparecían y desaparecían entre la niebla. Sobre la orilla, la masa enorme del Parlamento, tocado en algún ventanal por una luz espesa, parecía un buque fantasma. La corriente, densa y tosca, se llevaba las barcazas como si fuesen cáscaras de nuez. Bajo el cielo cubierto y dramático los elementos parecían desencadenados.

Recostado en el puente, a aquella hora, la mirada se hacía vaga y se deslumbraba. Fácilmente se abstrae uno de las formas humanas, de los históricos y magníficos edificios de los alrededores, de la brutal propaganda luminosa y del tráfago del puente, procesión de ómnibus pintados de rojo, objetos que parecen de algún cuadro de revista de gran *music hall*. Fácilmente se abstrae uno –decíamos– y sobre el cielo inclemente y la tierra incierta y desfavorable se tiene la ilusión de oír pasar cerca el fragor de las alas de una bandada de patos salvajes...

Estos animales de geometría ampulosa y de vuelo energuménico que nuestra soleada imaginación de meridionales pone, como quintaescencia de lo inhóspito, en un crepúsculo otoñal cualquiera de Londres, se llevarían, empero, una desagradable sorpresa si se decidiesen a darse una vuelta por esta tierra de sombras. Se encontrarían, sin darse cuenta, sobre la mesa de un restaurante a la moda, ante unos honorables señores a quienes les faltarían palabras para elogiarlos. Lo que es puramente natural tiene por estos andurriales un porvenir muy escaso. Es la primera sensación clara que produce Londres: la dureza del paraje, vencida y dominada, da un aire de triunfo deslumbrante al hombre. Se tiene la sensación de que en la lucha incesante del hombre contra la naturaleza, el hombre lleva la iniciativa sin concesiones, de igual modo que, en el puente de un barco, es el hombre quien lleva el timón. Y esto parece ser que lleva muchos años así.

Cuando se descubrió, en el corazón de la City, el cráneo fosilizado del ciudadano más viejo de Londres, el *Punch* se preguntó: "Pero ¿es posible que la gente lleve tantos años viviendo en este infierno húmedo?". Claro: no se sabe exactamente si el cráneo es de hombre o de mujer. Habría que ver –ha dicho un humorista– si el sombrero de copa que indudablemente llevaba este respetable ciudadano de la City ha dejado deformaciones lo bastante interesantes en su cabeza como para poder afirmar su masculinidad. Pero este problema es secundario: el problema esencial es que se han descubierto huesos de mamut y de otros animales de museo en capas de tierra menos remotas que la que alojaba el cráneo. Dicen que existen indicios para creer que este cráneo de la City es el que más se parece al cráneo de Neanderthal. ¿Quieren ustedes más tradición? Este cráneo no proporciona, seguramente, la clave de la explicación del Imperio, pero con toda seguridad explica ciertos capítulos, por ejemplo el hecho de que en la City se sigan haciendo tan buenos negocios. Si en la época de este descubrimiento Conrad hubiese vivido, hubiera podido añadir una página a la grandeza de su obra. El gran novelista, una noche estrellada de verano, sentado a la orla de su barco anclado en los docks de Londres, vio pasar la historia sobre el Támesis. Primero eran los romanos que remontaban el río; luego eran los ingleses que navegaban aguas abajo, con los ojos de acero, el corazón en llamas y una estrella sobre el mástil del bergantín: comerciantes, marineros, capitanes, aventureros. Es una buena página la de Conrad: el mejor Baedeker del río. Es más emocionante –pienso– ante el agua que cualquier guía realista. El problema era difícil: todos pueden describir la llegada de un hombre que ha conquistado el mundo, sobre todo si el conquistador llega realmente; pero la salida de un tenedor de libros de Batersea a la conquista de la India presenta un tipo de descripción considerablemente más apasionante.

La torre del Big Ben, símbolo y corazón de la capital inglesa.

Los tres kilómetros cuadrados de edificios y de calles que forman el corazón de Londres tienen una sutil grandeza disimulada. Sobre este espacio se han dicho ya todas las frases. Queriendo sintetizar, Taine escribió que Londres es la Roma de hoy, y París, Atenas. Mejor no menearlo. Antes de llegar aquí oí decir que la ciudad y el país son tristes, aburridos y de una morosidad profunda. Muchos ingleses repiten el tópico. No me parece que así sea. Me parece, por el contrario –por lo menos ésta es mi impresión primera–, que es una ciudad que tiene un contacto que rejuvenece y agiliza todos los músculos. Llegar del continente a Londres es como despertar de una cama en la que habéis dejado un surco profundo y entrar en el cuarto de baño a tomar una ducha. La ducha despabila y Londres le vuelve a uno joven. Es como un revulsivo que os produce una nueva cristalización y, por lo tanto, la cosa juvenil que sentís. La sensación de hallaros en un mundo desconocido deja el espíritu como nuevo. Cierto: en este mundo viven los tópicos, los lugares comunes, las cristalizaciones más inconmovibles. Pero estos lugares comunes tienen otro tono y es el tono lo que hace la canción. Este tono desconocido os despoja de manías, de tics, de sabidurías caseras. Son otros ácidos, otros colores, es como llevar el traje a la tintorería. Así, se siente uno rejuvenecido al llegar a este país tan viejo –sentís que una forma vieja puede ser viva–. Y la causa debe ser el río. Tenéis la sensación de que vuestra ventana da a la carretera más importante del mundo. Veis que la gente anda con cara de ir a alguna parte. Estos barcos que suben y bajan por estas aguas aceitosas y turbias tienen un rumbo positivo. Me parece que en Londres hay una cantidad enorme de gandules y de mirones; sonámbulos, en cambio, muy pocos. Por estos pagos no existe la costumbre de dormir de pie. Lo que mantiene la vigilia acaso sea el ruido del río sobre la meteorología inclemente. El río es una flecha que marca la dirección del mundo.

Al término de mi insignificante monólogo sobre el puente de Westminster, me sentí mojado como un pato y vi que era noche cerrada. Londres entraba en el silencio nocturno y la gran ciudad parecía flotar en el zumbido sordo de la lluvia, del viento, del río...

* Del libro *Cartas de lejos*, Ediciones Destino.